

A 201 AÑOS DEL PASO A LA INMORTALIDAD DEL DR. MANUEL BELGRANO

POR JOSÉ ASCAR

El abogado, economista, periodista, general y mil otros títulos más, en mi humilde opinión, el más versátil de los próceres de nuestra Patria.

En este artículo quiero repasar su salud y su muerte.

Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús Belgrano (Buenos Aires, Virreinato del Perú, Imperio español, 3 de junio de 1770 - *ibídem*, Provincias Unidas del Río de la Plata, 20 de junio de 1820) abogado, economista, periodista, político, diplomático y militar rioplatense de destacada actuación en la actual Argentina, el Paraguay y el Alto Perú durante las dos primeras décadas del siglo XIX.

Participó en la defensa de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata, en las dos invasiones Inglesas —1806 y 1807— y promovió la emancipación de Hispanoamérica respecto de España.

Fue uno de los principales patriotas que impulsaron la Revolución de Mayo, por la cual se destituyó al virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros, y fue vocal de la Primera Junta de gobierno que lo reemplazó.

Luchó en la guerra de Independencia de la Argentina contra los ejércitos realistas. Fue el jefe de la expedición militar que la junta de Buenos Aires envió al Paraguay que finalizó cuando celebró el Tratado confederal entre las juntas de Asunción y Buenos Aires, en 1811. Fue jefe de una de las Expediciones Libertadoras a la Banda Oriental.

En 1812 creó la bandera de Argentina en la actual ciudad de Rosario.

Como general del Ejército del Norte, dirigió el Éxodo Jujeño, comandó las victorias de los revolucionarios en la batalla de Tucumán y en la de Salta y tuvo a su cargo la Segunda Campaña Auxiliadora al Alto Perú, durante la cual fue dos veces derrotado por los realistas.

Durante el Directorio tuvo gran influencia en el Congreso de Tucumán que declaró la Independencia de las Provincias Unidas en Sud América, en 1816, proyectó en vano el establecimiento de una monarquía constitucional dirigida por un noble Inca. Hecho que justificó ya que los pueblos originarios eran los verdaderos dueños de esta tierra.

LA SALUD:

La parte menos conocida de su vida fue su salud. Sus males físicos comenzaron, según parece, en 1794, con las consecuencias de su estadía en Madrid, Salamanca y Valladolid, que le acarrearían una grave enfermedad infecto-contagiosa.

Con el pasar de los años sufrió fuertes ataques de reumatismo, opina el Dr. García Dadoni y que la enfermedad cardíaca podría haber sido una insuficiencia valvular aórtica secundaria a esta enfermedad reumática.

En 1800 lo afectó una patología ocular —principio de fístulas en ambos conductos lacrimales el médico Gorman: indicó terminantemente abstenerse de lecturas y labores propias de su estudio jurídico. Obvio es que poco caso hizo a este consejo.

En 1813 sus campañas militares le produjeron paludismo (nombre vulgar con el que se denomina la malaria, enfermedad transmitida por un mosquito que provoca fiebre y rotura de glóbulos rojos (hemólisis)) y fiebre terciana, fiebre asociada a la malaria que se repite cada 3 días. “En vísperas de la batalla de Salta, y el amanecer del día 20 de febrero, nebuloso y con lluvias intermitentes, circuló la versión de que el general Belgrano había tenido varios vómitos de sangre, y que tal vez no podría montar a caballo”. Había dispuesto mandar la batalla desde una carreta, pero horas más tarde mejoró.

Contrajo luego cirrosis y várices esofágicas, padeciendo también de hipertensión portal. En 1819, según confesión a su sobrino Ignacio Álvarez Thomas, sufría agudamente del pulmón y del pecho.

Cuando llegó a Buenos Aires venía acompañado por su médico y luego amigo íntimo, el escosés Joseph Redhead llegado a esta ciudad en 1805. Cuatro años después se instaló en Salta, donde estudió el paludismo, tifus y la malaria y se ocupó tempranamente de la flora y fauna del Norte. Conoció a Belgrano en Tucumán, donde por consejo de Güemes se ocupó de su salud.

Hacia 1819 comenzó la hidropesía (término que define el acúmulo excesivo de agua en el organismo), con edema de piernas y pies. Las lluvias, fríos, vientos sin abrigo y escasa alimentación, lo postraron tras el armisticio de Santo Tomé (armisticio entre Las Provincias Unidas y el Imperio del Brasil en 1811).

La primera referencia a su enfermedad, que al año siguiente acabará con su vida, está consignada en una carta que, desde la Posta de la Candelaria, escribió el 7 de abril de 1819, a su sobrino político el Coronel don Ignacio Álvarez Thomas, en la que le manifestaba: *"Nuestro Cruz viene bastante enfermo, agradece las atenciones de Usted. Yo las del compañero Viamonte, a quien leerá todo esto y le dirá que siento su mal del pulmón, que lo atienda con tiempo";* y agrega; también *"me resiento algo de él y del pecho, y además del muslo y pierna derechos que me tienen que ayudar a desmontar"*.

Esta es la primera referencia a su mal al pecho y el pulmón que ratificará un año después en la nota que dirigió al Gobernador de Buenos Aires, don Manuel de Sarratea, del 13 de abril de 1820, en la cual especifica que *"su enfermedad comenzó el 23 de abril de 1819"*.

Muy probablemente este acúmulo de líquido en el organismo se debiese a la cirrosis que padeció, ya que la hipertensión portal por la fibrosis hepática favorece la salida de líquido hacia el peritoneo (ascitis) y la disminución de proteínas en un hígado claudicante haya favorecido este hecho en todo el organismo.

Su amigo José Celedonio Balbín ha dejado testimonio de sus últimos meses: “Acababa de asaltarlo el primer ataque de la enfermedad de la cual murió. Dormí en su tienda desabrigada y húmeda; observé que pasaba la noche en pervigilio, y con la respiración anhelosa y difícil. Sospeché gravedad en su enfermedad y le insté encarecidamente se fuese conmigo a Córdoba a medicarse para su salud, contestándome que las circunstancias eran peligrosas y que él debía el sacrificio de su vida a la paz y tranquilidad común... Al acercarse la primavera, encontrándose el ejército en Capilla del Pilar (departamento de Río II), los jefes se alarmaron grandemente cuando comprobaron el estado del general y se dirigieron al Dr. Francisco de Paula Rivero. Belgrano padecía de una hidropesía ya muy avanzada. Como Castro volviera a insistir para que se cuidara, el general le contestó: “La conservación del ejército depende de mi presencia; sé que estoy en peligro de muerte, pero aquí hay una capilla en donde entierran los soldados, y también se me puede enterrar a mí”.

La enfermedad lo venció y sus males se agravaron y el 11 de septiembre entregó el mando al general Francisco Fernández de la Cruz y partió hacia Tucumán, con la esperanza de mejorar su estado de salud. Al pasar por los suburbios de Córdoba recibió una emotiva demostración 25 hombres de su escolta, espontáneamente descendieron de su cabalgadura, se descubrieron ante él y sollozando le dijeron: "*Adiós mi general; Dios nos lo devuelva con la salud y lo veamos pronto*". Belgrano se conmovió profundamente y al llegar a la posta le escribió al Dr. Castro que había tenido un día de abatimiento. Esta fue la última ovación que el vencedor de Tucumán y Salta recibió en vida.

Cuando el 1° de Octubre pasó por Santiago del Estero, Belgrano le escribió al Gobierno, comunicándole: "Mi enfermedad se agrava manifestándose en la fatiga que me aqueja y en la hinchazón de las piernas y los pies".

Los males del general arreciaban, cuando en marzo de 1820 llegó a Buenos Aires. El 9 de junio recibió una de las últimas visitas: la del general Gregorio Aráoz de la Madrid, quien ha estampado en sus Memorias este sobrio recuerdo: “Encontré al general sentado en su poltrona y bastante agobiado por su enfermedad. Mi visita le impresionó en extremo, no menos que a mí la suya, y apenas se tranquilizó tiró con su mano de la gaveta de un escritorio que tenía a espaldas de su silla, y sacando los apuntes de mi campaña que yo había escrito en el Fraile Muerto el año 1818, por orden suya, me los alcanzó diciendo: ‘Estos apuntes los hizo usted muy a la ligera; es menester que usted los recorra y detalle más prolijamente y me los traiga’. ‘Con mucho gusto complaceré a mi general’, dije y los guardé”.

Once días más tarde, expiraba serenamente la vida del patricio. Inexplicablemente, se le practicó la autopsia —que nadie había pedido— y dice al respecto el médico Juan Sullivan, al dejar su testimonio: “Después de haber sacado una cantidad de agua del abdomen con un trócar, reconocí un tumor duro y penetrante en la región del epigastrio derecho. Al abrir la cavidad, reconocí al momento que procedió de una tumoración considerable y proyección del lobo pequeño del hígado en general, era el aumento de volumen y la dureza”. (lóbulo izquierdo hepático)

“...En una palabra, la estructura del hígado y sus apéndices presentaron una causa formidable de enfermedad (...) Había igualmente aumento de volumen del bazo. Los intestinos estaban distendidos con aire y los riñones ofrecían una desorganización y dureza al tacto, que se extendía alguna distancia en el curso de los uréteres.”

“Desde la cavidad del abdomen punctoré el diafragma un poco al lado izquierdo, con el objeto de penetrar en la cavidad del mediastino anterior. Salió el agua con alguna fuerza en cantidad de diez y seis onzas. Los pulmones en un estado de colapso, que apenas excedían en circunferencia el tamaño de la mano, y nadando en agua. Debiendo la presencia de tanto volumen de agua ejercer su compresión sobre el mediastino posterior era bastante en mi concepto para causar los síntomas espasmódicos que sobrevinieron con tanta frecuencia, y mucho más cuando se tiene presente la existencia de grandes nervios simpáticos y órganos importantes que allí están situados. El corazón era de un volumen que pocas veces se encuentra en las investigaciones anatómicas.”

Comentando las enfermedades de Belgrano, José Luis Molinari ha escrito que “tuvo por consiguiente una cirrosis hepática (hepatopatía intersticial), y dentro de las mismas una cirrosis portal o cirrosis de Laennec. La evolución de la cirrosis, desde que comienzan los primeros síntomas (constatación de los mismos) hasta su terminación fatal, suelen ser como término medio de tres a cinco años”.

LA MUERTE:

Belgrano murió, a las 7 de la mañana del 20 de junio de 1820 - es indudable- ante la total indiferencia popular y el silencio oficial. Tal vez haya una explicación para ese olvido. Bien cabe recordar, aunque el hecho suela olvidarse para justificar torpes acusaciones de conspiración contra la memoria del creador de la bandera, quien contaba con 50 años de edad.

El año 20 fue el de la anarquía más espantosa que vivió el país. “Los trastornos políticos fueron tan inauditos, las zozobras sociales fueron tan urgentes y la angustia colectiva fue tan profunda y tan universal en lo que respecta a la ciudad y provincia de Buenos Aires, que el uso de la palabra loquero no parece excesiva para calificar esa situación (Guillermo Furlong, Silencios y solemnidades en la muerte de Belgrano).

Eran esos, días difíciles para la Patria. Caído el Directorio, arreciaba la crisis política, mientras tres gobernadores se disputaban el poder y Buenos Aires era presa de la anarquía.

No hubo ingratitud en el sentido que algunos quieren adjudicarle al hecho. El país —el gobierno, la opinión pública, el pueblo— estaba muy ocupado en vivir los duros acontecimientos de su tiempo. Y eran épocas en las que los prohombres también morían —hecho normal y casi cotidiano— con el añadido de que su procerazgo advendría con el decantar de los años, y no inmediatamente a través de la tensa y bullente atmósfera política, tanto interna como internacional.

La historia nos recuerda que el velatorio y la inhumación de sus restos fueron actos que se desarrollaron casi sin pena ni gloria. Pocas personas asistieron al sepelio. Sólo sus hermanos, algunos parientes más lejanos y unos pocos amigos fieles en la desgracia, fueron los únicos que asistieron al entierro de uno de los más buenos y de los más grandes hombres de la historia argentina. y sólo un diario, "El Despertador Teofilantrópico", que dirigía el padre Castañeda, a los cinco días de fallecido, dio la noticia.

Su cadáver, cumpliendo con su última voluntad, fue amortajado con el hábito de los dominicos, y trasladado desde la vieja casa paterna donde tuvo lugar el deceso (estaba ubicada en la actual avenida Belgrano n° 430 de la Capital Federal), a la Iglesia de Santo Domingo, en cuyo atrio recibió sepultura. Su sepulcro fue cavado al pie de la pilastra derecha del arco central del frontispicio de la iglesia. Allí se colocó su féretro de pino, cubierto de paño negro y se derramó encima de él una capa de cal, cerrándose luego la bóveda que debía guardar sus restos eternamente. Sobre él se colocó una simple lápida de mármol, con la leyenda «Aquí yace el general Belgrano» y sólo así quedó señalada la tumba del hombre que dedicó lo mejor de su vida y sus esfuerzos a la causa de la emancipación.

El 27 de junio fueron los funerales, en el patio del convento. Para la lápida se usó un mármol de una cómoda que había pertenecido a su madre. "Aquí yace el general Belgrano" grabaron.

Al año siguiente, cuando se había restablecido la paz en Buenos Aires, se le rindieron los honores que merecía y en el periódico "Argos" pudo leerse el relato de sus funerales: «Al rayar el día hizo la primera señal un cañonazo en la Fortaleza, y luego continuó repitiéndose cada cuarto de hora hasta las cuatro y media de la tarde, hora en que se realizaron sus exequias con la presencia del Gobernador de la provincia y su gabinete, todo el cuerpo militar, los agentes de Chile, Estados Unidos y Portugal, gente de los Tribunales, Jefes de oficinas públicas y numerosos vecinos. Formaron la Guardia de Honor, los Regimientos de Granaderos a Caballo, el Regimiento Uno de Línea, el de Cazadores, la Legión Patricia, la Legión del Orden, una Compañía de Húsares y Artillería Montada que tuvo a su cargo el disparo de cuatro piezas, al entrar el cuerpo al templo. La oración fúnebre estuvo a cargo del doctor JOSÉ VALENTÍN GÓMEZ y durante todo el tiempo que duraron estas exequias, las casas de comercio permanecieron cerradas y se dio orden para que se suspendiera la exhibición teatral del día.

El 4 de setiembre de 1902 una comisión designada por el Gobierno nacional, presidido entonces por el general JULIO A. ROCA, procedió a exhumar los restos de Belgrano para trasladarlos a la urna que sería depositada en el monumento que, en su homenaje, había sido levantado por suscripción popular en el mismo atrio del Convento de Santo Domingo (este monumento, obra del escultor italiano Héctor Ximénez, fue inaugurado en octubre de ese mismo año). Levantada la lápida en presencia del escribano mayor del Gobierno ENRIQUE GARRIDO, se retiraron los restos del prócer y fueron colocados en una bandeja de plata.

También se encontraron algunos dientes, dos de los cuales fueron tomados, uno por el Ministro del Interior, doctor JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, y el otro, por el Ministro de Guerra, coronel PABLO RICCHIERI. Este insólito proceder provocó la categórica condena de los principales diarios de Buenos Aires y el incidente sólo se dio por terminado, cuando fueron devueltos al prior del Convento Santo Domingo, quien al informar que los había recibido, expresó que el Ministro González le dijo “que se los había llevado para mostrárselos a sus amigos y que el Ministro Richieri, le había expresado que los había llevado para entregárselos al general Bartolomé Mitre.

Ambos hechos curiosos, ya que se trata de profanación de un cuerpo y más del cuerpo de un héroe de la Patria, como podemos ver esto fue una forma de “trofeo de guerra” de aquella parte de la grieta, los oligarcas y vende patrias a los que nuestro héroe siempre combatió y por los cuales fue combatido.

¡Olvido y profanación que se repitió en la historia argentina como el cuerpo del Dr. Mariano Moreno envuelto en una bandera inglesa! El General San Martín exiliado y sin paga por los gobiernos oligárquicos unitarios. O el cuerpo de Eva Duarte, profanado y secuestrado durante años.

BIBLIOGRAFÍA:

- José Luis Molinari, Manuel Belgrano. Sus enfermedades y sus médicos, en Historia, Buenos Aires, junio-setiembre de 1960
- Belgrano de Bartolomé Mitre.